



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

- Título de la obra: El mensaje que nos llegó de Varela
- Autor: Hart Dávalos, Armando
- Forma sugerida de citar: Hart, A. (1998). El mensaje que nos llegó de Varela. *Cuadernos Americanos*, 2(68), 46-55.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:  
ISSN: 0185-156X  
Nueva Época, Año XII, Núm. 68, (marzo-abril de 1998).
- Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# El mensaje que nos llegó de Varela

Por *Armando* HART DAVALOS  
*Director Oficial del Programa Martiano,*  
*Consejo de Estado, República de Cuba*

**E**L MERITO de un gran maestro se fundamenta en la calidad moral de sus discípulos y continuadores y en la influencia de sus enseñanzas y mensajes. El maestro sacerdote católico Félix Varela fue piedra angular en la forja del pensamiento y la cultura de la nación cubana que el 10 de octubre de 1998 cumplirá ciento treinta años de existencia. Entre sus continuadores se encuentra la brillante intelectualidad patriótica que en la primera mitad del siglo XIX sentó las bases del ideario cubano. Con el magisterio de Varela se formó José de la Luz y Caballero, de cuyas enseñanzas emerge la pléyade de patriotas ilustrados que se unieron a los esclavos y trabajadores explotados para iniciar las guerras de independencia.

Carlos Manuel de Céspedes, padre fundador de la nación, y José Martí, el más grande de los cubanos de todos los tiempos, se destacan como continuadores del ilustre prelado. Como se conoce, el Apóstol cubano se situó junto a Simón Bolívar, en la cumbre más alta de la utopía libertaria de lo que la Europa culta llamó "Nuevo Mundo".

En la acepción definida por el diccionario, es decir, el que por señales o cálculos conjetura y predice acontecimientos, Félix Varela es el profeta de la nación cubana. Los científicos sociales y los historiadores han hecho una labor de importancia para esclarecer con rigor su significado, mérito y valor, pero la prueba decisiva de su alcance se halla en el espíritu que animó a la nación cubana y la condujo, en medio de inmensas dificultades, hasta el triunfo del 1º de enero de 1959.

Los revolucionarios cubanos de la Generación del Centenario estuvimos influidos por su escuela, tal como nos la reveló José de la Luz y Caballero y nos la exaltó a las cumbres más altas José Martí. Aprendimos de ella el amor a la libertad, a la igualdad y a la justicia, y la vocación de universalidad que es la más singular cualidad de Cuba en el concierto de naciones. A 145 años de la muerte del profeta, estos valores se presentan como el reto principal y el compromiso mayor que tiene nuestro pueblo ante el mundo y el mundo ante nuestro pueblo.

El día de ayer se recordaba cuando Varela, diputado a las Cortes despojado de su rango, llegó a comprender cómo los cambios políticos y económicos del país no eran alcanzables con las decisiones de la metrópoli colonial y se planteó la extinción de la esclavitud y la independencia nacional por vías más radicales. Es un elemento de singular importancia para evaluar sus méritos, pues asumió esta posición desde fecha muy temprana.

Para entender la historia cubana en el siglo XIX, única manera que nos sirve para interpretar cabalmente la de nuestra centuria y, en especial, la de la Cuba actual, hay que estudiar la dialéctica de las contradicciones entre las tendencias anexionistas, reformistas e independentistas. Los primeros acabaron naufragando históricamente ya que, por definición, negaban la posibilidad de que Cuba fuera una nación y echaron su suerte a la incorporación del país a la Unión Norteamericana; los segundos, los reformistas, porque trataron de promover una evolución política que nos trajera gradualmente la independencia, y el sistema dominante en España, al que teóricamente podían serle de interés estratégico estos objetivos, no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación tiene, desde luego, fundamentos económicos.

En España no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permitiera comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

No siempre las decisiones que se adoptan en relación con cuestiones de interés inmediato tienen en cuenta los objetivos que a largo plazo puede tener un sistema económico-social. En muchas ocasiones se toman en función de los intereses específicos de quienes tomen las medidas clave dentro del propio sistema. Suele prevalecer así un sentido pragmático y oportunista de la política de los gobiernos.

Los regímenes que se han mantenido más allá de las coyunturas adversas en la historia lo lograron porquedispusieron de dirigentes cultos y capaces de diseñar políticas a largo plazo que subordinar los intereses parciales a los de carácter general y perspectivo del sistema.

La lógica para la incomprensión hispánica acerca de lo que significaba José Antonio Saco, el más brillante representante de los reformistas, estaba en que los gobernantes españoles tenían

ensamblados sus intereses con los de los esclavistas y pesaba en sus decisiones el espíritu reaccionario de la conquista y el resentimiento por su desplazamiento del concierto de las potencias mundiales a partir de las guerras de independencia de América.

o aprendió la España del siglo XIX las lecciones de los reveses que tuvo en Hispanoamérica, por el contrario, recrudeció en Cuba y Puerto Rico la ferocidad de su dominación colonial hasta que ocurrió lo que la sabiduría de José Antonio Saco había advertido: si España no daba ventajas políticas a Cuba, la perdía.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de Saco, no logró alcanzar el sueño de una patria como la que concibió el pensar de Varela y el actuar de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y Martí. Es decir, la que hoy tenemos, y la que para salvarse y desarrollarse hacia el siglo XXI no debe renunciar jamás al sueño de la liberación universal del hombre. Si abandonara esta utopía dejaría de ser. Si la mantiene en alto, continuará siendo mientras exista humanidad.

¿Cuál es la lección intelectual que nos deja el ilustre patricio bayamés? Que aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal saber, es necesario *también* querer y soñar con la igualdad social del hombre, entendida en su alcance más universal. Ello no se logra exclusivamente con el apoyo de la ciencia, es indispensable también la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de sentimientos y emociones que tiendan a la solidaridad humana. Estos últimos, aunque resulten infinitamente más difíciles de descubrir, poseen fundamentos científicos e influencia objetiva en la historia. Es indispensable, pues, que venga en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y la cultura.

Los reformistas, con sus sentimientos patrióticos y su enorme erudición acerca de la sociedad cubana de su tiempo, no pudieron, sin embargo, asumir las realidades que estaban por crear y que han sido las de los tiempos de Martí y los nuestros. Es la lección práctica que debemos extraer.

Sin embargo, a partir de su vocación ecuménica y de su alta sensibilidad artística, a Varela y Heredia, contemporáneos de Saco, les fue posible visionar un futuro en que se forjaría una Cuba independiente de España y de Estados Unidos. Se requería —como he dicho— de la utopía redentora en su acepción más universal, y

esto también forma parte de la realidad porque constituye una necesidad que cada día se hace más apremiante.

Las conclusiones que se derivan de los avances de las ciencias naturales y sociales confirman que la racionalidad es rebasada por una "lógica" mucho más profunda. Sobre estas premisas no pudo Saco creer en la nación que surgió en La Demajagua y Guáimaro.

Le faltó a los reformistas lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre, y ella tiene, desde luego, raíces culturales en la tradición cristiana. Es obvio que en los independentistas influyeron también los conceptos democrático-liberales, pero en tanto cultura, es decir, como llave maestra para abrir a planos más altos la libertad de todos sin excepción.

La explosión revolucionaria desencadenada en La Demajagua y Guáimaro, los decretos de abolición de la esclavitud, la incorporación desde el inicio de la contienda de las masas de esclavos liberados, de los campesinos y trabajadores explotados a este empeño generoso, le facilitaron a Cuba en las últimas décadas del siglo XIX un camino de radicalización popular del pensamiento político que rebasa las ideas democrático-burguesas de la Europa decimonónica y de Estados Unidos.

Las ideas no pueden evaluarse exclusivamente a partir de sus expresiones intelectuales o teóricas. Debemos considerar también las consecuencias que su instrumentación tiene en los países donde se desarrollan.

La cultura política europea de las revoluciones burguesas, en las condiciones de Cuba, facilitó un hilo de pensamiento-acción distinto al que se desarrolló en las naciones donde habían surgido las liberales. Con Martí toma un carácter popular y democrático profundamente radical en la búsqueda de la utopía universal del hombre.

Las nobles aspiraciones de la ilustración y el humanismo de los siglos XVIII y XIX llegaron a nuestro país, pero en las condiciones de la sociedad cubana evolucionaron hacia la defensa de los sectores y capas desposeídas de la población. Ellas se plantearon y crecieron en Cuba en la mistificaciones que le impusieron las formas en las que se desarrollaron las desigualdades clasistas de las sociedades norteamericana y europea.

¿Cuáles son, en fin, los fundamentos culturales del mensaje de Varela?

Félix Varela asumió la aspiración de redención del hombre en la tierra, lo cual representa la más pura tradición cultural cristiana e introdujo, a su vez, en la escuela forjadora de Cuba, los métodos y principios científicos de la modernidad europea. Hacer esto a principios del siglo XIX es un hecho excepcional en la historia de la civilización occidental porque, como es sabido, por entonces, debido a causas diversas que no es nuestro propósito analizar aquí, la fe cristiana se consideraba, por muchos, antagónica con los principios, métodos y descubrimientos de la ciencia.

Es conocido cuántas luchas y tragedias generó esta contradicción, sin embargo, hoy, cuando han pasado más de doscientos años del natalicio del insigne maestro, la más urgente necesidad de la cultura occidental con su herencia cristiana está en articular el sentimiento ético revelado en el hombre que murió en la cruz con las conclusiones de las ciencias naturales y sociales de la modernidad.

Los intelectuales cubanos de hoy que asumimos el legado ético y cultural de Varela y, además, el pensamiento social y filosófico más avanzado de la edad moderna, tenemos el compromiso de honor de estudiar los fundamentos científicos de la espiritualidad que se observan viendo actuar a los hombres en la historia de manera tan real y concreta como que estamos reunidos aquí, bajo los auspicios generosos de la UNESCO, para profundizar en las ideas de quien nos enseñó a pensar.

Sin la espiritualidad que los hombres poseen como un atributo singular no habrían sido concebibles las más grandes creaciones de la historia universal. Ella alcanza escalas superiores en la cosmovisión martiana y nos puede orientar en el empeño de conocer y desentrañar prácticamente su papel en la vida social. Toma especial significación para tal propósito lo expresado por el Héroe Nacional cuando nos habló de la "ciencia del espíritu". Esto constituye un punto esencial para la reflexión filosófica cubana hacia el siglo XXI. Podemos encontrar por ese camino una síntesis posible que nos permita arribar a importantes conclusiones de interés práctico para la educación y la política culta.

Las aspiraciones de Varela en relación con la liberación de Cuba y la abolición de la esclavitud tienen fundamentos éticos y también económicos. Decía: "Todas las ventajas económicas y políticas están en favor de la revolución hecha exclusivamente por los de casa y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero". Sin olvidar por un momento el compro-

miso de Cuba con América y el mundo afirmaba que “deseaba ver a Cuba tan isla en lo político como lo es en la naturaleza”. Esto, en nuestro criterio, se enlaza con el papel que Martí asignaba a Cuba en América y en el mundo y como universidad del continente. Sólo en la plenitud de nuestra libertad e independencia y con una poderosa coraza ética, nuestro pueblo puede mantener su plena independencia y servir al mundo. Y para construimos esa coraza era necesaria una profunda reflexión filosófica. Ésa la hemos tomado ya del siglo XIX.

Si los métodos electivos en la búsqueda del conocimiento y de los caminos de la acción que él nos enseñó los relacionamos con los principios lucistas —“todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela”, y que “la justicia es el sol del mundo moral”— y con el propósito martiano de echar la suerte con los pobres de la tierra y sus ideas en relación con el *equilibrio*, tendremos un núcleo central del pensar filosófico cubano de incalculables consecuencias para fundamentar el quehacer pedagógico y la política culta. Nada de esto entra en antagonismo con las esencias del pensamiento filosófico más avanzado de la edad moderna que los cubanos hemos asumido. Desde luego, es necesario actualizarlo, con los progresos de las ciencias naturales y sociales y las enseñanzas de los acontecimientos históricos del siglo XX. Cuba lo puede hacer porque desde tiempos de Varela hasta nuestros días tiene una historia no sólo de hechos trascendentes, sino también de ideas que como flechas cargadas de verdades e iniciativas de interés universal brotan de los magnos sucesos, o en relación con ellos, para enriquecer nuestro acervo espiritual y ayudar al mundo en la búsqueda de nuevos caminos revolucionarios.

La ferviente búsqueda del equilibrio indisolublemente relacionada en Martí y con la acción liberadora la concreta en su escala universal cuando señala como deber de Cuba trabajar para, junto con las Antillas libres, servir de contén y evitar la guerra que calificó de “innecesaria” entre las dos secciones adversas del hemisferio. El proyecto suele ser acusado de utópico pero, en todo caso, lo honesto es plantearse como utopía realizable hacia el futuro porque constituye una necesidad de los pueblos desde Alaska a la Patagonia y, en definitiva, del mundo. Pero no lo olvidemos, sino que, por el contrario, tomémoslo como enseñanza: el equilibrio a que el Apóstol aspiraba requirió la “guerra necesaria, humanitaria y breve” que garantizara la independencia de Cuba con respecto a España y Estados Unidos y de la plena soberanía de los pueblos de

las Antillas. Por esto último son tan importantes nuestros vínculos y relaciones, cada vez más fortalecidas, con el mundo del Caribe.

Este mismo propósito de equilibrio en el mundo lo concreta el Apóstol en su escala más profundamente humana e individual cuando postula que los hombres deben aspirar a lograr, cada uno de ellos individualmente, el equilibrio entre las facultades emotivas e intelectuales, y de desarrollar a partir de ello la voluntad creadora. Esto tiene hondas raíces psicológicas que deben servir a nuestra pedagogía y nuestro quehacer político.

Emoción y razón, entender e imaginar, constituyen los polos de una contradicción que se da en el alma humana y que Martí, con las enseñanzas de Varela, exalta en sus ideas sobre la ciencia del espíritu. El gran reto está cuando el problema se plantea a amplia escala social. Por muchos análisis y elaboraciones intelectuales que se hagan alrededor de las consecuencias de los procesos económicos, científicos y tecnológicos y de ese inmenso laberinto que muestran los datos e informaciones económicas, si no se asume una conciencia genuinamente humanista y con talento y amor se pone en movimiento la voluntad individual y social, no se encontrarán los caminos de solución del drama de nuestra época que se visualiza de manera muy concreta en las contradicciones entre la identidad de las comunidades humanas, su derecho a alcanzar una civilización superior y las exigencias que impone la universalización de las riquezas. Esto sólo puede abordarse de una manera eficaz sobre el principio de un humanismo pleno, radical y genuinamente universal, fundamentado en una ética consecuente con el hombre y su historia, y cuyo valor intelectual superior está en fundamentarlos en la realidad y la ciencia. Esta manera de pensar nos viene del maestro Félix Varela, de sus continuadores y de la escuela cubana.

La maldad tiene sus raíces en la conciencia y en la subconciencia humana. Son los hombres quienes la generan y mantienen a partir de sus instintos egoístas. Es importante asumir esta lección de la historia para no continuar creyendo que las concepciones sociales, políticas y filosóficas y los programas que de ellas se derivan van a establecer por sí solas la moral y la justicia entre los hombres. Sólo la formación de un hombre nuevo podrá hacer prevalecer la moral en las relaciones sociales.

Los sistemas políticos, económicos y sociales, cuando se corresponden con las mejores ideas de justicia, constituyen pilar fundamental para desarrollar una moral superior, pero ella no surge

espontáneamente: es indispensable completarla con la educación y la política culta. Sin el ascenso moral del hombre es imposible alcanzar la victoria definitiva del socialismo.

Todo esto requiere la participación del pueblo trabajador para construir una nueva vida. El hombre tiene que transformarse a sí mismo y debe y puede lograrlo de manera efectiva a través de formas de participación colectiva. Inmerso de manera individual en las relaciones de producción, aun cuando ellas se correspondan teóricamente con el ideal de justicia y, por tanto, al interés de todos, seguirá siendo esclavo de sus pasiones personales y tratará de someter a los demás a su interés egoísta: así volverá a imponerse un individualismo feroz que llega hasta el crimen. De este círculo vicioso sólo se sale con la forja de una conciencia colectiva que para ser consecuente ha de ser universal, y esto sólo es posible —como aconsejó Martí— asociándonos, lo que debe comenzar por sus formas más simples. Asociarse es el secreto único de los hombres y de los pueblos y la garantía de su libertad. subrayó el Apóstol.

Tenemos que liberarnos de la explotación del hombre por el hombre, pero para lograrlo de forma radical debemos hacerlo también de la fiera que todos tenemos dentro —según la expresión martiana— y asumir las riendas adecuadas que el Apóstol aconsejó. El propio Héroe de Dos Ríos advirtió que ello es factible a partir de la capacidad humana de asociarse. Cuando el hombre se siente asociado a los demás y trabaja por el bien común, se hace más feliz. Esto no es especulativo; es real, concreto y probado por la experiencia.

Sin el ascenso moral del hombre es prácticamente imposible la victoria plena de la justicia. Para el Apóstol, el carácter se alcanza con la armonía en lo individual entre la inteligencia y el modo que orienta y alienta la voluntad. Señalaba que “el hombre es la fiera educada”; aseguraba, además, que era un ser excelente que podía ponerle riendas a la fiera de forma que adquiriera la más alta categoría humana. El carácter “es el desnudo de obrar conforme a la virtud”. Lo más importante desde el punto de vista filosófico, y más revolucionario en el orden político y educativo, es que esta aspiración de nuestro héroe no la divorcia de la naturaleza, sino que la fundamenta en ella y la exalta a un plano superior de la escala universal que “cuando falla, de nuevo empieza”, como dice poéticamente en “Yugo y estrella”.

Hombre en este sentido radicalmente vareliano es, en esencia, el que se plantea una misión, un trabajo en la sociedad, es decir, en relación con los demás hombres, que puede ser modesto, sencillo o de enorme complejidad y trascendencia histórica. Pero el que con humildad y sencillez se propone un trabajo útil para ayudar a los demás, es ya hombre o mujer en el cabal sentido vareliano y martiano. Consagrarse al trabajo creativo es sostén para esta escuela en la más simple o elaborada forma de hacer y crear, de las mejores virtudes humanas. Pero hay más. La felicidad que el hombre logra cuando pone en tensión inteligencia y amor en favor de la creación y de la práctica es fundamento esencial de la ética cubana. Este valor encierra la idea de que la felicidad se puede encontrar en la lucha en favor de la redención humana.

Si todo hombre responde a un interés individual hay que orientar el mismo en forma en que se exprese a través de la virtud de la creación con el propósito de ayudar y cooperar con los demás. Así será un hombre completo y podrá aspirar a la genuina felicidad. Este rumbo nos conduce, pues, por el tema de la ética y de la importancia de los factores subjetivos en la historia y, por consiguiente, al papel de la educación y la política culta que es desde donde debemos abordar los retos que se propusieron desde los años sesenta.

Como antecedentes de estos principios están la tradición pedagógica y educacional de nuestra América, que viene desde la época de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, y aún de antes. En Cuba, especialmente con Varela y Martí, se alcanzaron altísimos grados de la cultura espiritual de nuestra América. Por esto, el Apóstol podía aspirar a que nuestro país fuera universidad del continente. Tales corrientes de pensamiento, sentimientos e ideas filosóficas están como telón de fondo y antecedente de las ideas revolucionarias cubanas y explican su valor latinoamericano y universal, el cual forma parte integral de la cultura nacional desde sus orígenes hasta hoy, el cual debe ser siempre así en el futuro.

La evolución posterior de la historia podría conducir a mediano y largo plazo a un colapso de proporciones incalculables si no se toma conciencia y no se actúa sobre presupuestos de una política basada en una cultura ética profundamente humanista. A estas conclusiones podemos llegar porque hemos asumido una cultura política que sitúa la ética humanista en el centro de sus aspiraciones. En fin, mientras no se aborde con rigor científico el tema de la ética y, en general, de la superestructura y, por tanto, de la cultura

en su influencia sobre el desarrollo económico y social, no se hallarán las vías para marchar hacia adelante y salvar la civilización occidental. Los revolucionarios debemos tomar más conciencia de que para alcanzar una política eficaz en defensa de los pobres y explotados hay que descifrar, en primer lugar, el papel de la cultura, y, especialmente, de la moral.

Recientemente, en la Cumbre Iberoamericana de Margarita, Fidel Castro aconsejaba a las oligarquías norteamericanas tomar medidas antes del desbanque total del mercado internacional. Pero a ellos les falta algo que tampoco tenían los regímenes que precedieron a las grandes revoluciones: cultura.

¿Podríamos esperar que las oligarquías modernas sean más elaboradas y cultas que las del pasado? Sólo cabe decir que sería, en todo caso —como pensaba Fidel—, lo útil. Pero la historia muestra que las decisiones no se adoptan con base en los intereses estratégicos del sistema social dominante ni mucho menos a los de la humanidad, sino de los grupos y clases que tienen el poder económico y político. Lo que sí debe saberse es que la relación entre civilización material y cultura es más profunda y sutil que la concebida por los cavernícolas de la derecha norteamericana.

Mucho se ha hablado en forma retórica y superficial acerca del humanismo. Ha llegado la hora de que la civilización moderna lo tome en serio. Ésta podría sucumbir en sus propias redes si no retoma y asume de forma coherente la herencia espiritual de quienes a lo largo de los siglos poseyeron sensibilidad, imaginación y talento para soñar, es decir, si no se exalta y afianza el espíritu que alentó a los grandes creadores y pensadores, de los cuales Varela es uno de sus más sobresalientes ejemplos, desde el mítico Prometeo hasta Ernesto Che Guevara.

Por lo expresado hasta aquí se comprende que la escuela y la educación cubanas, nacidas en el sistema institucional de una Iglesia cuya jerarquía eclesiástica tenía enlazados sus intereses con el sistema colonial y esclavista, se nutrió, no obstante, de las más puras ideas éticas de la cultura cristiana. Así se comprende que en los primeros años de la Revolución Fidel, desde su cosmovisión cubana del socialismo, pudiera afirmar: “quien traiciona al pobre, traiciona a Cristo”.

No hay síntesis mejor para concluir mis palabras en honor a Félix Varela que exhortar a creyentes y no creyentes a asumir este principio como el mensaje ético que nos transmitió el profeta.